

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

ALEX BEIN

**EL
"ESTADO JUDIO"
DE
TEODORO HERZL**





ALEX BEIN

EL “ESTADO JUDIO” DE HERZL

*Traducción del hebreo
por Isidoro Niborski*

Editado por el
CONGRESO JUDÍO LATINOAMERICANO
RAMA DEL CONGRESO JUDÍO MUNDIAL
Buenos Aires

BIBLIOTECA POPULAR JUDÍA
del Congreso Judío Latinoamericano

Dirigida por MARC TÚRKOW

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDÍA



Buenos Aires, 1973

© Congreso Judío Latinoamericano

*Queda hecha el depósito que previene
la ley Nº 11.723*

Este folleto se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1973, en los Talleres Gráficos ZLOTOPIORO S.A.C.L.F., Sarmiento 3149, Buenos Aires

DER
JUDENSTAAT.

VERSUCH
EINER
MODERNEN LÖSUNG DER JUDENFRAGE

VON.
THEODOR HERZL
DOCTOR DER RECHTE.



LEIPZIG und WIEN 1896.
M. BREITENSTEIN'S VERLAGS-BUCHHANDLUNG
WIEN, IX., WÄHRINGERSTRASSE 5:

Facsimil de la tapa de la primera edición
de "El Estado Judío" publicada en 1896.

I

EL 14 DE FEBRERO DE 1896, en el escaparate de una editorial y librería de mediana importancia en el centro de Viena, capital del Imperio Austrohúngaro, se exhibió un libro pequeño en rústica, con cubierta de papel amarillo, titulado *Der Judenstaat* ("El Estado de los judíos"). El nombre resultaba asombroso: ¿el Estado de los judíos?, ¿se trataba acaso de aquel Estado que se había borrado del mundo político durante casi dos mil años? Tan lejos estaba la idea de un Estado judío del modo de pensar y juzgar de la época que fácilmente se podía pensar así. Pero bajo el título principal aparecía, en letras algo más chicas pero bastante claras y subrayando la parte esencial, un subtítulo distribuido en tres líneas: Intento - de - solución moderna para la cuestión judía. Este añadido al título era aún más asombroso y despertaba oposición: ¿solución a la cuestión judía? ¿de qué se trataría? no se olvide que el término "*Judenfrage*" comenzó a emplearse al principio de la cuarta década del siglo XIX, o sea unos cincuenta años antes de la aparición del libro, y que lo introdujeron los enemigos de la emancipación de los judíos, que veían un grave problema en la incorporación de los judíos a todos los aspectos de la vida moderna con la consiguiente exigencia de igualdad total con los demás ciudadanos de los países de Europa Occidental, cuya cultura estaba sin embargo empapada del espíritu de la fe cristiana. Esas personas abrieron un debate sobre este problema al que denominaron "cuestión judía". En esa polémica los judíos habían sostenido que tal cuestión no era de hecho más que una invención de sus enemigos: bastaría dar a los judíos igualdad de derechos civiles y políticos y la posibilidad de integrarse en el seno de la población cristiana para que todo se allanase,



y aún las fallas que tuviesen los judíos recién salidos de los ghettos y juderías desaparecerían gracias al contacto permanente con la moderna cultura occidental. Dicha polémica resurgió con renovadas fuerzas en los años 80 y 90, con la aparición del movimiento antisemita moderno; esta vez se basaba en las doctrinas racistas sostenidas en diferentes variantes por el francés Gobineau, los alemanes Richard Wagner y Eugen Dühring y el anglo-germano Houston Stewart Chamberlain. El tema llegó a conocimiento del gran público en ocasión del proceso Dreyfus, que tuvo lugar un año antes de la aparición del libro de Herzl y debía dar origen a un escándalo que estremecería a Francia, a la judeidad y al mundo ilustrado. Al igual que en los años 40, los judíos de Europa Occidental negaron también entonces la existencia de un problema llamado "cuestión judía". No había tal cuestión en la realidad y quién pretendiese lo contrario debía por fuerza contarse entre los antisemitas o entre quienes, quizás sin proponérselo, servían a las finalidades de aquellos.

¿Quería entonces el autor burlarse de sus lectores? Después de todo, se trataba de Teodoro Herzl, conocido como comediógrafo cuyas obras se habían representado hacía algunos años en escenarios europeos y hasta en el Burg-Theater de Viena. Se lo conocía también como colaborador del diario "*Neue Freie Presse*" de Viena, uno de los más prestigiosos de la Europa de entonces, en el cual Herzl se desempeñaba desde julio de 1895 como redactor literario, publicando semanalmente artículos de estilo judío, tan pronto elegíaco como escéptico y también un poco burlón. Estos artículos trataban de hechos comunes y de la vida cotidiana y hacían las delicias de toda Viena y de sus judíos, que los paladeaban con tanto placer como al buen café que se servía en los muchos cafés de la ciudad. Pero tampoco esta hipótesis se confirmaba al leer atentamente la portada. En efecto, bajo el nombre del autor, Teodoro Herzl, constaba expresamente aunque en tipo menor, su título académico: Doctor en Leyes. De todos los libros de Herzl es éste el único en que el autor menciona su profesión de abogado. Es decir que quería indicar sin lugar a dudas que el libro no trataba de la vida cotidiana ni constaba de comentarios,

observaciones o verdades filosóficas revestidos de la forma ligera y escueta de aquél género entre literario y periodístico que Heine había traído de Francia a Alemania y a la Viena austríaca. Se trata pues de un libro que pretendía seriedad científica y trataba del establecimiento de un Estado Judío con el propósito de solucionar de ese modo la cuestión judía.

III

Para quienes viven en el Estado de Israel; para la joven generación israelí, surgida desde la creación de ese Estado; para el pueblo judío en su dispersión, habituado ya a la existencia de Israel como centro y fuente de energía para el común esfuerzo de nuestro pueblo; y aún para el mundo no judío, para el cual la existencia de Israel es cada vez más un hecho presente y natural, es difícil captar y comprender la impresión que *El Estado Judío* de Herzl produjo en sus contemporáneos. Conviene, por lo tanto, que aclaremos desde un principio los orígenes de esta obra, su estructura y finalidad, para que podamos distinguir entre su esencia permanente y los detalles temporarios vinculados a las concepciones de la época y que caducaron con ella. Porque no hay hombre, por elevado que sea su espíritu, que no acuse el influjo de su tiempo y sus circunstancias, y menos si se trata de un autor cuya intención no era la pura especulación ni la creación artística, sino que desde el comienzo se proponía dirigirse a sus contemporáneos para hacer cambiar sus opiniones y actitudes, instándolos a aplicar en la práctica las conclusiones de su doctrina. Esto es importante también porque el papel desempeñado por este libro en la historia del movimiento sionista y del pueblo judío es probablemente un obstáculo para el lector de hoy, en particular para el lector joven, cuando emprende la lectura inocente sin la cual no se pueden entender bien ninguna obra literaria, y menos si es una obra clásica. Muchos párrafos de esta obra, desglosados del asunto central, se convirtieron en citas de uso frecuente o en lemas nacionales; las ideas fundamentales del libro, nuevas y sorprendentes en ese entonces pasaron a ser, principalmente por la gravitación del libro mismo y de la acción política que él inspiró, ideas de general aceptación. En síntesis: el lector de nuestros días leerá esta obra con otros ojos y obtendrá una impresión totalmente distinta de la de los pri-

meros lectores, ya fuesen partidarios u opositores. Precisamente en esto puede la obra demostrar su grandeza: como toda obra clásica, pasa a ser propiedad de las sucesivas generaciones, cada una de las cuales toma de ella el elemento que le hace falta, especialmente si sabe leer, como Herzl mismo dijo "*en la interioridad de las palabras*", o sea oír también lo que sólo se insinúa y leer entre líneas.

II

"POR LO MENOS TRECE AÑOS *han pasado hasta que llegué a esta sencilla idea. Sólo ahora veo cuántas veces me acerqué a ella en mi camino*". Estas palabras, anotadas por Herzl en su diario sionista (7 de junio de 1895) precisamente mientras se inspiraba para escribir *El Estado Judío*, parecen contradecir a la versión corriente según la cual Herzl permaneció ajeno a las cuestiones judías durante toda su vida hasta que el ruido de la turba exultante en la ceremonia de degradación del capitán Dreyfus le hizo abrir los ojos y despertó en él la idea sionista. En realidad, la cuestión judía le había preocupado desde siempre y Herzl se había angustiado por ella todavía cuando estudiaba en la Universidad de Viena. Varias veces trató de formular una solución. En *El Estado Judío*, especialmente en los primeros capítulos, pueden descubrirse ecos de aquellos intentos.

Al igual que Pinsker trece años antes, Herzl llegó al pensamiento sionista movido ante todo por su ultrajado sentimiento del honor. Este sentimiento era afectado por la actitud despectiva del entorno hacia los judíos y en igual medida por la conducta de muchos de los judíos de su época que, o aspiraban a confundirse totalmente en el seno de los pueblos, o hallaban en la codicia económica una compensación por el respeto que les faltaba. Bien sabía él, por cierto que estas características chocantes, no eran sino consecuencias del padecer de los judíos



Dr. Teodoro Herzl como corresponsal de "Neue Fraie Presse" en París cuando comenzó su gestión en favor del movimiento sionista.

durante muchas generaciones, consecuencias de las crueles persecuciones por parte de sus vecinos y del estrechamiento que a su campo económico impusieron la Iglesia y el régimen feudal en la Edad Media. Esta opinión anotada por Herzl en su diario ya en 1882 en respuesta a las acusaciones del fundador del antisemitismo "científico" Eugen Dühring, se repite varias veces con referencia a la cuestión judía en artículos, conversaciones, piezas teatrales y finalmente en *El Estado Judío*. Jamás olvidó que los judíos habían sido en otros tiempos un pueblo respetado y cuna de héroes, ni que aún en épocas de hostigamiento revelaron infinita valentía y lealtad. Ya pensaba así en 1882 y en el mismo sentido dijo conversando durante el verano de 1894 con el escritor austriaco Ludwig Speidel: *"Con todas estas profesiones nos hemos afeado, cambió nuestro carácter, que había sido excelente en la antigüedad. Porque nosotros fuimos hombres capaces de defender peleando su país, y por cierto fuimos un pueblo muy capaz, puesto que durante dos mil años intentaron y no lograron exterminarnos"*.

Pero si en este aspecto casi no cambiaron los puntos de vista de Herzl, sí se produjeron cambios en su opinión sobre la solución del problema. Primero creyó que el otorgamiento de derechos a los judíos tendría sobre ellos un efecto saludable en el plazo de una o dos generaciones: se adaptarían a los pueblos circundantes y aprenderían a conducirse como hombres libres. Convenía entonces que los judíos se armaran de valor y pusiesen ellos mismos en debate la cuestión judía. Nótese que así opinaba Herzl aún en 1882. En 1891 proyectó escribir una novela en este sentido sobre la cuestión judía, pero no puso en práctica esta idea. En cambio cuando en otoño de 1894, aún antes de empezar el proceso a Dreyfus, escribió una pieza titulada *El Ghetto* (más tarde la llamó *El Nuevo Ghetto*), planteando en escena la cuestión judía para su libre discusión en público, no creía ya en la posibilidad de una solución por vía de la asimilación: los judíos debían mantenerse en lo suyo, con su pasado y su orgullo, y sólo por la vía de la tolerancia recíproca llegarían finalmente a comprenderse con los pueblos ve-

cinios, que respetarían a los judíos cuando éstos se respetasen a sí mismos.

Es que mientras tanto, y en especial desde que se lo designó corresponsal del "*Neue Freie Presse*" en París (1891), había llegado a conocer más profundamente la sociedad moderna, los movimientos sociales, la política mundial y el antisemitismo como movimiento organizado. En sus artículos y cartas sobre la cuestión judía, escritos durante los años de su permanencia en París, se reconoce claramente cómo fueron abriéndose paulatinamente sus ojos y despejándose sus ideas. Comprendió dos cosas fundamentales: en primer lugar que entre las personas ilustradas inclinadas hacia el antisemitismo había también espíritus elevados que profesaban esas ideas no por maldad ni por odio indiscriminado, sino movidos por sinceros temores en cuanto a las eventuales malas consecuencias que la asimilación de los judíos podría tener para sus pueblos. Para éstos, pues, e igualmente para los judíos sería preferible que se mantuviera entre ambos una valla de respeto dentro de la convivencia pacífica. Pero más que ningún otro factor obró en él el conocimiento de que el antisemitismo está tan profundamente arraigado en el corazón común de las gentes que de ningún modo se puede esperar su desaparición en un plazo razonable. El juicio a Dreyfus no fue sino un último impulso para este desarrollo interno. Herzl veía pruebas de este odio alojado en lo más profundo de los sentimientos de la masa en los gritos de "*¡Muerte a los judíos!*" con que el populacho acompañó, en enero de 1895, la ceremonia de degradación del oficial judío. De hecho nada valían todos los derechos formales concedidos a los judíos. Algunos días antes del acontecimiento mencionado, Herzl todavía podía hacer, en una de sus reseñas políticas, la apología de Francia, en donde "*se ventilan siempre los asuntos de la humanidad. Esta es la tierra de los experimentos y en ello reside su orgullo. Francia es el gran instrumento con que se cortan las innovaciones políticas para todo el orbe*". Y si en Francia, a la que él consideraba gloria de las naciones, tenía lugar ese oprobioso suceso, ¿qué debía esperarse de otros países?

En medio de estas angustiosas reflexiones el espíritu de Herzl actuaba como un sismógrafo, registrando aún los estre-

mecimientos más lejanos. En los estallidos de antisemitismo de su época, tan ligeros en comparación con los que nos tocó ver y vivir a nosotros en nuestros días, Herzl sintió el anuncio de la inmensa conmoción que había de venir; presintió la tempestad que se avecinaba amenazando al pueblo de Israel con la destrucción y el exterminio. De ahí su conclusión: la cuestión judía no puede solucionarse en la Diáspora. No es que Herzl “negase la Diáspora”, como quieren sus intérpretes posteriores, sino que en su opinión era la Diáspora quien negaba a los judíos. Las fuerzas que en todos los países actúan contra los judíos le parecen casi como fuerzas naturales. No se las puede detener, anulan todas las vallas. La catástrofe ha de sobrevenir, y “*cuanto más se demore el antisemitismo, con mayor violencia deberá fatalmente desatarse*”. La única solución es pues la más vieja: “el éxodo de Egipto”. La intención de *El Estado Judío* era despertar la voluntad popular para que obrase por su propia cuenta en ese sentido antes de que fuese demasiado tarde.

III

EL LIBRO “EL ESTADO JUDÍO” no se escribió de una vez, sino que fue creándose etapa por etapa, paralelamente a los intentos pragmáticos. En la primavera de 1895 Herzl se dirigió por carta al Barón Mauricio de Hirsch, el más grande de los benefactores judíos de su época y realizador de la colonización judía en la Argentina, tratando de ganarlo para su programa de una nueva política judía. Con vistas a este diálogo, preparó notas con los puntos a exponer y formulaciones de su pensamiento que llenan veintidós páginas manuscritas. Estas representan el primer núcleo de *El Estado Judío*. Inmediatamente después de esa conversación, en la cual sólo llegó a utilizar una pequeña parte del material preparado, Herzl comenzó a anotar diariamente sus ideas en el que llegó a ser su célebre diario

sionista. En las páginas de ese diario se pueden seguir las etapas de creación de *El Estado Judío*.

A los tres días de haber conversado con el Barón Hirsch, el 5 de julio de 1895, Herzl comenzó a experimentar un torbellino de fantasías e ideas prácticas acerca de la cuestión judía y su solución que él adscribía a un mandato y a una inspiración superiores. Durante varios días la conmoción no le permitía llevar metódicamente las anotaciones en su diario. Sobre cualquier trozo de papel dejaba constancia de los pensamientos que sin cesar bullían en su mente: "*caminando, de pie, acostado, en la calle, durante las comidas, en medio del reposo nocturno*". Estas notas, que aún existían cuando fueron editados por primera vez los diarios de Herzl en alemán (1922), han desaparecido desde entonces. Tres cuartos de año después de escritas, el 16 de abril de 1896, Herzl las había confiado a su padre, quien las copió fielmente en el diario de su hijo en el orden en que fueron escritas.

Este primer período de inquietud duró ocho días, durante los cuales Herzl descargó sus pensamientos tal como iban surgiendo, sin crítica que pusiese dique al rico manantial y sin determinar qué forma les daría luego: de novela, de libro de esclarecimiento o como indicaciones para la acción dirigidas a sí mismo y a otros. De hecho sirvieron de punto de partida a las tres variantes indicadas.

El 13 de junio de 1895 Herzl comenzó a elaborar sus anotaciones, a ordenarlas y completarlas. Todavía no tenía la intención de integrarlas en un texto a publicar. Su propósito era aún meramente práctico: esos materiales debían servir de base para una exposición ante la familia Rotschild, a la cual pensaba dirigirse después de fracasado su intento de ganar al Barón Hirsch para su causa. A este fin encabezó sus notas con las palabras *Al Consejo Familiar*, y su padre, al copiarlas en el diario las tituló seguramente por indicación de Herzl, como *Discurso a los Rotschild*. Con este mismo título el discurso fue transcripto a máquina, sin duda para ser usado por Herzl, y esta copia es la que se conserva en el archivo que lleva su nombre. Durante cinco días, del 13 al 17 de junio de 1895, Herzl

completó la primera versión seguida de su programa con la mayor parte de los detalles. La finalidad de este texto determinó en cierta medida su contenido. En él, Herzl exponía su plan salvador vinculándolo a la casa Rotschild, la máxima potencia financiera de aquellos días. Estaba convencido de que esas riquezas, en cuya acumulación él veía uno de los factores del odio a los judíos en ese tiempo, tendrían su empleo más apropiado y también su única salvación a largo plazo al ser invertidas en la gran empresa redentora del pueblo judío.

Herzl no pronunció el *Discurso a los Rotschild* ante el consejo familiar; todos aquellos a quienes hizo conocer ese texto en los meses siguientes lo desalentaron de su propósito: no lograría que los Rotschild le prestaran atención. Particularmente le subrayó esto su padre que era su más leal amigo y consejero. Siguiendo con su actividad, Herzl procedió a leer ante diferentes personas su discurso sin las partes en que hacía alusión a la casa Rotschild. El 15 de noviembre de 1895, cuando viajó a París para conversar con Tzadok Cohen, Gran Rabino de Francia, junto con Max Nordau, el célebre escritor y amigo que se incorporaba entonces a las filas sionistas, y de ahí a Londres —borró del manuscrito todos los párrafos referentes a los Rotschild, y desde entonces denominó su trabajo *Discurso a los Judíos*.

Sus conversaciones en París y en Londres, dirigidas a fundar —sin demasiada publicidad— una “*Unión de los Judíos*” como cuerpo representativo y ejecutivo central del pueblo judío, no dieron resultado. Como consecuencia de este fracaso, Herzl decidió hacer público su plan. Para ello reelaboró su *Discurso a los Judíos*. El 19 de enero de 1896 terminó la redacción. En la misma fecha concluyó las tratativas con la Editorial M. Breitestein de Viena, después de que otros editores más importantes y conocidos se negaran, por razones políticas o comerciales, a publicar el libro.

El manuscrito completo de *El Estado Judío* no se conservó en el Archivo de Herzl y todas las búsquedas en la Editorial Breitestein y en otros lugares resultaron vanas. Por lo tanto, es imposible establecer en detalle las etapas de correc-

ción y cambios que atravesó el *Discurso a los Rotschild* o *Discurso a los Judíos* hasta la versión definitiva de *El Estado Judío*. Sin embargo la comparación de ambos textos, el primitivo y el definitivo, y de las anotaciones de su diario, particularmente de las posteriores a la terminación del *Discurso a los Rotschild*, puede ilustrarnos sobre el desarrollo de la labor de redacción. En lo fundamental, *El Estado Judío* es la versión corregida del *Discurso a los Judíos*; hay algunos cambios de detalles y en el orden de la exposición, se añadieron observaciones de las notas sueltas y se suprimieron otras del texto primitivo, el estilo mejoró mucho y la estructura se hizo más clara. Mientras que el discurso fue escrito como un solo texto sin solución de continuidad, el libro fue dividido en cuatro grandes capítulos: Son ellos una "*Parte general*" y tres capítulos que tratan de la realización práctica del programa: "*La Compañía Judía*", "*Los Grupos Locales*" y "*Sociedad de judíos y Estado Judío*". Estos capítulos principales se subdividen en partes menores de extensión diversa. Se añadieron al texto como partes nuevas un epílogo y dos prólogos ("*Palabras iniciales*" e "*Introducción*"), que son fruto de la experiencia recogida por Herzl después de haber escrito el discurso.

IV

EN LA PRIMERA PARTE, "*Parte general*", Herzl trata de la esencia de la cuestión judía desde el punto de vista económico, social y político-nacional. Analiza las diferentes soluciones propuestas y esboza su propio programa a grandes rasgos. Pese a los muchos libros que también posteriormente se escribieron sobre la cuestión judía, no se hallará un análisis más exhaustivo y acertado que el que se formula con elegante expresión en estas escasas páginas, que con frecuencia sintetizan en una breve oración un encadenamiento de ideas que requerirían, en otros autores capítulos y libros enteros. Este modo de concen-

trar y sintetizar, condensando todo un sistema de ideas en una sola oración o en una expresión certera, exige del lector un esfuerzo mayor que la lectura fácil y superficial, puesto que cada párrafo demanda una reflexión y un análisis dignos de las obras fundamentales y clásicas.

A causa de esta síntesis de la exposición y del esfuerzo exigido al lector para seguir pensando en el sentido indicado, surgieron numerosas confusiones sobre la concepción del problema judío por parte de Herzl. Se le reprochó, por ejemplo, haber visto la raíz del problema solamente en el odio provocado por la competencia económica. Sin embargo él dice expresamente lo contrario y enumera los múltiples y diferentes factores, concentrándose después en los factores más próximos. Se dijo y se sigue diciendo que Herzl creía posible realizar su programa en muy poco tiempo como una mera operación de traslado, pero el hecho es que él dice a las claras que se trata de un proceso prolongado con proyecciones sobre diversos aspectos de la vida. Se podría citar fácilmente más casos de esta naturaleza.

En las tres secciones de la segunda parte, la pragmática, Herzl presenta con mayor detalle las posibles vías de ejecución de su programa. Esta parte constructiva es varias veces más extensa que la primera parte especulativa. Herzl estaba convencido de que las críticas y opiniones sobre su programa no se dirigirían principalmente a la parte especulativa sino precisamente a la pragmática. Para su mente límpida y su pensamiento recto, la verdad sobre la cuestión judía, a la que él había llegado a través de prolongados padecimientos que culminaron con una fulminante revelación, era tan simple, clara y lógica que creía que también los demás verían con igual facilidad, sin que hubiera por lo tanto necesidad de demostraciones extensas. Pensaba que cualquier persona amante de la verdad le daría su acuerdo teórico. Temía en cambio que se dudase de la posibilidad de realización. Esas fueron precisamente las dudas que expresaron los primeros con quienes conversó sobre el tema. Por lo tanto creyó oportuno indicar hasta el menor detalle la vía a seguir y señalar los instrumentos que debían crearse, describiendo también los medios técnicos que debían

estar a disposición de la empresa. De este modo quiso también acentuar la diferencia existente entre su concepción moderna y los movimientos mesiánicos que lo precedieron. De este modo llega a dar una descripción detallada de la organización popular con vistas a la emigración, de la creación de instituciones políticas y económicas, del modo en que se construiría y plasmaría la nueva existencia en la tierra elegida. Sin duda Herzl se equivocó aquí en su valoración de muchos de sus lectores, particularmente de Europa Occidental y Central, a quienes se dirigía ante todo de manera natural. Allí la oposición principal fue provocada por su concepción general de la cuestión judía y de su solución. Lo que acerca de esto se decía en la "*Parte general*" no fue entendido entonces sino por una pequeña minoría de personas clarividentes o iluminadas por experiencias personales muy especiales. Sólo los terribles acontecimientos de nuestra generación, testigo del Holocausto y del renacer de Israel, hicieron patente la verdad de las palabras de Herzl para las mayorías que antes no les habían creído. Por otra parte muchos de los detalles de la parte práctica despertaron la oposición y hasta la burla de los hombres de acción a quienes estaban dirigidos. Por cierto no faltan en esas descripciones muchas observaciones ingenuas, por más que muchos datos ociosos a primera vista revelan, analizados en profundidad, sólidas concepciones e ideas, dignas de tomarse en cuenta hasta en la actualidad. Merece señalarse expresamente: estas observaciones sentenciosas no fueron escritas a la ligera. El autor eligió premeditadamente esta forma fácil para atraer la atención del lector hacia los contenidos del libro. En realidad eran el resultado de muchos años de reflexión en torno a la cuestión social, a la economía moderna, a problemas gubernamentales y jurídicos, a la política interna y externa de la época, a cuestiones culturales, a la elevación de la humanidad hacia un nivel más alto, al papel que la ciencia y la técnica modernas podrían desempeñar en la solución de los grandes problemas del hombre. Todas estas aspiraciones y reflexiones que le preocuparon desde el comienzo de su juventud, se condensaban e integraban aquí un cuadro total. Una poderosa estructura se va construyendo a la vista del lector, con sus infinitas piezas que interactúan so-

lidariamente en busca de una meta anhelada: El Estado Judío. Es aquí donde surge y se plantea la pregunta: ¿no será todo esto una mera utopía, una visión fantástica de un mundo hermoso posible sólo en la mente de un ser ensoñado? A esta pregunta respondió Herzl al comienzo de la obra, al principio de las *"Palabras Iniciales"*.

V

EN BASE AL DIARIO SIONISTA y de cartas que Herzl escribió por aquella época, es fácil reconstruir el proceso de formación de los prólogos. Su intención es desvirtuar de entrada los argumentos contrarios esgrimidos en las primeras conversaciones sobre el programa y aclarar algunos puntos fundamentales de su concepción. He aquí dos ejemplos:

El 17 de noviembre de 1895 Herzl da cuenta de una conversación con Narcise Levin, primer secretario de la Alliance Israelite Universelle de París. Escribe así en su diario: *"Cuando destacó su nacionalidad 'francesa dije: ¿qué, Ud. y yo no pertenecemos acaso a la misma nación? ¿por qué entonces se horrorizó Ud. cuando Karl Lueger fue electo? (El antisemita, como alcalde de Viena) y ¿por qué sufrí yo cuando se acusó a Dreyfus de alta traición?"* En este pasaje de su diario Herzl expresaba por primera vez dos cosas: la profunda y dolorosa impresión que le había causado el proceso Dreyfus, y la conciencia —imborrable para él desde entonces— de que todos los judíos, donde quiera que vivan, constituyen un solo pueblo. Esta breve conversación, su esencia o, mejor dicho, la revelación que se presentó entonces a su conciencia, fue incorporada al prólogo de *El Estado Judío*, con esta vibrante formulación: *"Somos un pueblo, un único pueblo. En todas partes quisimos de buena fe mezclarnos con la población que nos rodeaba, conservando solamente la religión de nuestros mayores. No nos dejan. En vano somos fieles patriotas, en algunos lugares hasta exagera-*

dos... En nuestras patrias, donde por cierto también nosotros vivimos desde hace siglos, se nos tilda de 'extraños... La mayoría puede determinar quién es extraño en un país. Es una cuestión de fuerza, como toda otra cuestión de las relaciones entre pueblos... Es inútil, pues, que seamos en todas partes buenos patriotas..."

Tres meses antes, el 18 de agosto de 1895, Herzl se había encontrado en Munich con el Dr. Moritz Güdemann, Gran Rabino de la Comunidad vienesa, y con el banquero filoseionista berlinés Heinrich Mayer Cohen. Quiso ver en ellos a sus primeros colaboradores, de modo que les leyó el *Discurso a los Rothschild* y respondió a sus observaciones. El principal reproche del Dr. Meyer Cohen era que todo el programa adolecía de utopismo, porque presentaba como existentes en la realidad muchos detalles supuestos en el futuro. Comparó el programa de Herzl con un libro que el economista judío vienés Teodoro Herzke había publicado varios años antes bajo el nombre de *Freiland* ("Tierra libre"). A esto respondió Herzl en su carta al Rabino Güdemann del 22 de agosto de 1895: "No, ese argumento es inexacto. La presentación realista de un detalle futuro no es señal de utopismo; al fin y al cabo cualquier ministro de finanzas considera en su proyecto de presupuesto para el Estado números y datos futuros, aunque no puede saber si sus suposiciones se confirmarán." "Entonces", continúa Herzl en su carta, "en qué se diferencia un programa de una utopía?, puedo contestarle a esto en términos absolutos: en la fuerza vital implícita en el programa y no en la utopía... Freiland es un aparato complejo, con muchos resortes y engranajes, pero nada me demuestra que se lo pueda hacer funcionar. En cambio mi programa es la aplicación de una fuerza motriz presente en la naturaleza. ¿Cuál es esta fuerza? ¡La penuria de los judíos! ¿Quién se atreverá a negar la existencia de esta fuerza?"

Lo dicho en esta carta lo incluye Herzl casi textualmente en las palabras iniciales de *El Estado Judío*. También aquí al igual que en la carta, continúa con su célebre ejemplo de la fuerza del vapor, al que se conocía como elemento destructor y se lo puede utilizar para tareas enormes y provechosas siempre que se cree

el aparato adecuado por cuyo intermedio el vapor haga funcionar las máquinas. Como la fuerza del vapor en la naturaleza obraría la fuerza de las penurias en la vida del pueblo judío.

Con esto llegamos al fundamento teórico mismo en la estructura del programa, primeramente, de los principios que diferencian a Herzl de sus predecesores, a quienes él no conocía ni había leído sus obras antes de terminar la suya propia. Tomemos como ejemplo la *Autoemancipación* de Pinsker. Hay una gran semejanza entre Herzl y Pinsker en cuanto a los factores psicológicos que movieron a ambos a alzar sus voces. También se parecen mucho sus análisis del problema judío y en las propuestas prácticas, aunque difieren bastante los aspectos que se destacan: Pinsker hace hincapié y profundiza mayormente la parte teórica; Herzl acentúa al máximo el aspecto pragmático. Ambos por igual tratan de estimular en el pueblo y particularmente en su sector ilustrado la voluntad de zafarse de la penosa situación mediante su propio esfuerzo y la decisión de abandonar el destierro para concentrar al pueblo en un territorio destinado a ese fin. Herzl señala el objeto con palabras más claras: un estado judío. Traza con más claridad las líneas de acción, los métodos y los medios. Pero no es en esto que reside su principal innovación. El descubrimiento fundamental de Herzl, expresado por primera vez en las formulaciones que comenzamos, es el de las penurias del judío como fuerza motriz que impulsa la realización del programa. Herzl trasladó sus propias vivencias relacionadas con la desesperación como fuerza creadora en su vida individual y en la vida del hombre en general, al ámbito de la vida de los pueblos y del pueblo judío en particular. A partir de ahí hizo suya la teoría (sostenida anteriormente por pensadores políticos como Maquiavelo y quizá implícita también en nuestra tradicional concepción de los “padecimientos por el Mesías”), de que las penurias y dificultades son las creadoras de las fuerzas más poderosas en la historia de los pueblos, y constituyen quizá la principal fuerza motriz del devenir histórico. El odio al judío, razona Herzl, no desaparecerá, sino que irá en aumento, y por lo tanto crecerá igualmente la penuria de los judíos en lo material y en lo espiritual. La desesperación a causa de esto puede ser una fuerza destructiva, como la del vapor en

una caldera cerrada, pero al igual que éste puede desarrollar una enorme actividad creadora si se la vehiculiza adecuadamente para mover la máquina. La finalidad de Herzl al publicar *El Estado Judío* era instar a la construcción de ese aparato que pudiese aplicar la fuerza de la desesperación acumulada en el corazón de los judíos en la Diáspora a la realización de una fecunda labor. De ese modo la maldición se convertiría en ventaja. Si se lograra organizar al pueblo y crear las instituciones y los instrumentos para la tarea, ya el proceso de emigración, radicación y reconstrucción comenzaría a moverse por sí mismo. Los constructores del aparato serían los profesionales liberales, que ya sentían hundirse el suelo bajo sus pies, y las clases bajas, puestas ya en los extremos de la desesperación. El trabajo pionero de éstos crearía las condiciones para la absorción en el nuevo país de aquellos a quienes la presión de la situación en la Diáspora moviese en el futuro a abandonar sus lugares de residencia. La voluntad era necesaria para comenzar la labor, ya que la voluntad y la rapidez de decisión son capaces de acelerar siempre el logro de un objetivo, deteniendo o evitando de tal modo la catástrofe que amenazaba desencadenarse sino se arbitra a tiempo el remedio adecuado. Pero la realización en sí no depende de ellos; ella es una especie de proceso natural espontáneo, impulsado por las penurias de los judíos. Ese es el auténtico sentido de las palabras con las que Herzl cierra este tema en sus palabras iniciales: *"El Estado Judío es una necesidad universal. Por eso ha de surgir"*.

VI

¿CUALES SERÍAN LAS vías y los medios para esa realización? Según Herzl, la cuestión judía no es en lo fundamental una cuestión social ni religiosa sino nacional. Por lo tanto, para solucionarla, *"debemos convertirla ante todo en una cuestión política general que es obligación de los pueblos civilizados solucio-*

nar". El medio para ello es, en primer lugar, la organización del pueblo, de sus medios financieros, y la creación de un cuerpo capacitado y con poder para dirigir en nombre del pueblo la negociación política con las potencias a fin de obtener el territorio en que surgiría el estado judío.

¿Qué territorio? Esto lo decidiría el pueblo. Se mencionan dos países: la Argentina (donde el Barón Hirsch había fundado varias colonias agrícolas judías) y Éretz Israel. A diferencia de lo que ocurría en la primera versión —el *Discurso a los Rothschild*— en el libro se enfatizaba más la propuesta de Éretz Israel. También las notas y explicaciones sobre los diversos campos de acción dan a entender que los pensamientos de Herzl tendían cada vez más a esta segunda hipótesis, y al cabo de dos meses escribía ya, en carta a Nordau: "*Hoy ya veo con toda claridad que las masas no quieren ir sino a Éretz Israel y anhelan ir allí con todo su ser*".

En la concepción de Herzl en momentos de escribir *El Estado Judío* (tal como anteriormente en la de Pinsker cuando escribió *Autoemancipación* era de la mayor importancia que el pueblo recibiese la soberanía sobre su territorio, o al menos —como más tarde lo formuló con cautela diplomática— un "*charter*" (certificación de derechos) que le asegurase la libre inmigración, la autodefensa, la independencia en todos los asuntos de la colonización y la autonomía interna de los inmigrantes. Esto era necesario, en primer lugar porque sin derechos soberanos no veía ninguna perspectiva de organizar una inmigración y colonización sistemática de la magnitud necesaria para solucionar la cuestión judía; recuérdese que Herzl no trazó su programa más que para dar una solución radical a dicha cuestión. Además, solo así se aseguraría que el gobierno del país no aprovecharía la presencia de colonos judíos como elemento de presión y extorsión en las negociaciones políticas, atando así las manos de los negociadores judíos. Sería muy difícil negociar sobre la saludable base política del "toma y daca" si afluyesen al país hombres y recursos aún sin las garantías jurídicas exigidas. A esto se agregó el reconocimiento de un hecho capital: si la inmigración no llegaba a tener un sólido cimiento legal, lle-

garia fatalmente el momento en que, *“debido a la presión de la población que se consideraría amenazada, el gobierno terminaría por prohibir totalmente esa inmigración”*. O sea que destruiría el fundamento sobre el que se asentaba todo el programa. Y quizá, más que todas las consideraciones políticas y prácticas, movía a Herzl su firme convicción de que solo en condiciones de independencia, con total libertad exterior e interior y sin ninguna circunstancia que obligase a burlar leyes para lograr objetivos nacionales, podría desarrollarse el nuevo tipo judío que era la más alta aspiración del padre del sionismo.

Porque si algo está claro es que Herzl no aspiraba a crear un mero Estado más. Por el contrario: el Estado no era su fin último. Sus ideales de la juventud, que abarcaban a todo el género humano, permanecieron en su corazón en la madurez y se fusionaron con las nuevas ideas. El futuro Estado judío debía ser un estado modelo. Estaría basado en la justicia, la tolerancia y el trabajo; todo el mundo tendría el derecho y el deber de trabajar y su organización social sería ejemplo para todo el mundo. Todo esto sería el presupuesto para el surgimiento del nuevo judío, ese judío de apostura firme y nobleza de alma con el que soñó toda su vida. Expresando su fe en el surgimiento sobre la tierra de una nueva generación de judíos maravillosos, Herzl termina su libro *“Los Macabeos volverán a rebelarse”*. Con esas palabras inflamadas Herzl se dirige ante todo a los jóvenes, cuya voluntad de acción trata de despertar y de conducir por cauces de realización. *“Los judíos que lo desean tendrán su Estado. Debemos de una vez vivir como hombres libres en nuestra propia tierra y morir apaciblemente en nuestra propia patria. Con nuestra liberación el mundo se libera, enriquece con nuestra riqueza y se agranda con nuestra grandeza. Todo lo que hagamos allí por nuestra propia prosperidad tendrá un efecto poderoso y afortunado para bien de todos los hombres”*.

LA IMPRESIÓN INMEDIATA en la opinión pública por la aparición del libro fue grande, pero de ningún modo uniforme en los diferentes sitios y estratos. La gran prensa, en los casos en que no lo ignoró ni lo explotó con sentido antisemita, adoptó por lo general una posición de desprecio o rechazo, particularmente notable en los diarios que estaban bajo influencia judía. Los periodistas vieneses se burlaban de los *"Macabeos de la fuga"*, del nuevo Julio Verne vestido de judío, del loco, del arribista, del hombre que pretendería ser jefe de gobierno, príncipe, rey de los judíos. Un conocido historiador judío exageró hasta el punto de tachar la obra de Herzl de *"prospecto pobre de ideas y rico en estupideces acerca de la fundación de Suiza como una sociedad por acciones"*. Rechazando enérgicamente el *"Sueño carnavalesco de un sueltista"* víctima de *"borrachera judía"*. No mucha más comprensión demostraron los periódicos judíos no sionistas. En su mayoría, rechazaron el plan por considerarlo basado en supuestos inexactos, irrealizable y peligroso para la emancipación de los judíos por cuya total conquista ellos luchaban. Pensaban que la aparición del libro no haría sino dar más fuerza a los antisemitas.

Fueron también muchos los dirigentes *Jovevei Tzion* ("Amantes de Sion") que en un principio vieron con suspicacia al libro y a su autor. ¿Qué quería ese extraño, desconocido hasta el momento como judío preocupado por el destino de su pueblo? ¿No obstaculizarían sus franquezas y su lenguaje claro la modesta labor que ellos desarrollaban en Eretz Israel, provocando la oposición del Sultán y alarmando a los benefactores que —encabezados por el Barón Rotschild— habían apoyado hasta entonces las tareas de colonización? Pero frente a estas voces se hicieron oír con fuerza cada vez más arrolladora otras, aprobatorias, del Este y del Oeste. El influjo del libro en quienes lo aprobaban en la Europa Oriental era distinto del que produjo en sus partidarios de la Occidental. En Occidente, la ya mencionada disputa entre los simpatizantes del sionismo y más allá de sus

filas giraba fundamentalmente en torno a los primeros capítulos del libro, a la esencia de la cuestión judía y a la propuesta solución sionista-política. En cambio en Europa Oriental, a cuyos judíos Herzl casi no conocía en momentos de escribir el libro, influyeron de manera más profundamente precisamente aquellos capítulos que describían en detalle el método para la realización del programa, con todas las propuestas e hipótesis que en Occidente eran recibidos con reserva cuando no con burlas y menosprecio. En el estado de crisis e impotencia que reinaba por entonces entre los *Jovevei Tzion* la vía presentada por Herzl con detalles y múltiples colores aparecía como el camino real capaz de conducir a destino.

Pero el efecto más decisivo de la obra fue el que tuvo sobre su propio autor. Al publicar *El Estado Judío* Herzl dudaba aun de que realmente hubiese llegado ya la hora de actuar; no sabía si verdaderamente los judíos sentían ya la gravedad de su estado como para estar dispuestos a la acción con toda la fuerza de su voluntad; si ya había crecido la generación que enarbolase la bandera de la autoliberación para marchar triunfalmente hacia su país, y si él debía empujar el timón. Esta es la intención expresada al final de sus palabras iniciales: veía cumplida su misión con la publicación del libro. Y le ocurrió lo mismo que a Fernando Lasalle, el socialista judío, de quién Herzl dijo que el vendaval de su propia prédica había conmovido a quien lo desatara hasta el punto de empujarlo a la acción, en particular cuando sintió el entusiasmo que su lectura despertó en la joven generación, en los círculos estudiantiles de Viena, y la inocente fe de las multitudes judías de Galitzia, Rusia, Polonia y los Balcanes.

Son sabidas las consecuencias de su actividad. La idea del retorno a Sion salió de sus estrechos confines para convertirse en un movimiento nacional y político de alcance universal, que se vinculó con los factores políticos de la época, comenzó a organizar al pueblo y creó medios para lograr su objetivo. Aparecieron los congresos sionistas, la Organización Sionista Mundial con sus instituciones y organizaciones, un movimiento de inmigración y radicación inspirado por ella, el cual a su vez sirvió

de base para el surgimiento del Estado. Podemos, pues, afirmar sin vacilación que la aparición del pequeño libro *El Estado Judío*, de Herzl, abrió una nueva era en la historia del pueblo judío.

No pasaron sino un poco más de cincuenta años y nació el Estado judío para cuya creación Herzl había trazado el camino. Nació por decisión de las Naciones Unidas, cosa también prevista por Herzl en su libro, pero no por la vía pacífica que él quiso e imaginó en su visión, pese a que también sabía que por lo general todo país surge "*de la lucha de un pueblo por su existencia*", y por ello tampoco perdió de vista la eventualidad de una complicación bélica en la cual se confirmarían sus palabras acerca de la reaparición de los Macabeos.

VIII

POR CIERTO, no es esto lo único en que los hechos se apartaron de lo que Herzl vio en su fantasía mientras escribía su libro. Él mismo señaló luego repetidamente que en su obra sólo había tratado de esbozar algunas de las posibilidades de la realidad. Lo importante no eran los detalles de la concreción sino el pensamiento básico. Se puede, por lo tanto, agregar bastantes ejemplos de predicciones incumplidas, y nada más fácil que partir de este hecho y de nuestro conocimiento actual para criticar acerbamente la ingenuidad del autor, sus apreciaciones inexactas de las fuerzas que se movían en el mundo político de su tiempo o su ignorancia de las particularidades de la situación de los judíos en diversos países. Pero nada también más superficial. Ya se ha dicho antes: no hay hombre, por grande que sea, que no sufra la influencia de la atmósfera de su época y circunstancia, naturalmente distintas de las nuestras. Herzl escribió su obra a fines del siglo XIX, en aquel famoso *Fin de siècle* de cansancio y decadencia, de sueños y esperanzas, de descubrimientos científicos y hazañas técnicas; en una Europa de estados monárquicos (con excepción de Suiza y Francia. En

esta última Herzl había observado con sagacidad y descripto, en sus despachos desde París, al régimen parlamentario conflictuado y renqueante, la vida social sacudida por el escándalo de Panamá y el terrorismo anarquista) ; en una época de patriotismo y nacionalismo que abandonaba cada vez más la herencia del liberalismo; en los días de apogeo del imperialismo y colonialismo europeo, que conquistó, en competición entre las potencias, las extensiones del Africa explotando sus tierras y sus habitantes con el apoyo de grandes y poderosos ejércitos y flotas; en una época de injusticia social y tensión en las relaciones laborales, caracterizada por grandes huelgas y un enfrentamiento constante entre el estado y el naciente movimiento obrero, cuando la política social y del estado se hallaba apenas en sus comienzos. Para los judíos era una época en que carecían de toda organización supranacional, en que la lengua hebrea como idioma cotidiano apenas empezaba a desarrollarse mientras que al ídich aun no se lo consideraba como una lengua sino como una mezcla de idiomas.

Eclos de todos estos idearios y concepciones que hoy nos parecen anticuados, reaccionarios y casi ininteligibles, pueden encontrarse en el libro de Herzl. Su lenguaje y su estilo sufren el influjo de las concepciones de su tiempo no menos que su manera de pensar. Todas estas son cosas evidentes para cualquiera que se interese seriamente por la vida de los hombres, tanto en el pasado como en el presente. No es esto lo que merece señalarse; lo asombroso está en cómo Herzl se eleva por sobre el espíritu de su tiempo. No hay aquí la blandura decadente de la literatura de la época, presente también en algunos de los artículos del propio Herzl. Todo el libro está impregnado de valentía en la visión y el análisis de la situación y en la búsqueda de los medios para superarla. La técnica y la ciencia no tienen aquí valor en sí mismas; su función es la de ayudar a solucionar los problemas de la humanidad, de los cuales el problema judío es uno de los más candentes. Se rechaza categóricamente la mentalidad colonialista imperialista, sojuzgadora de pueblos y explotadora de su mano de obra barata. Por el contrario, Herzl planeó y describió la radicación en el país y su poblamiento sistemático mediante el trabajo creador de los propios inmigran-

tes que se dirigen a su país bajo el signo del trabajo y comienzan allí una vida nueva y pura. Esta vida nueva, límpida y laboriosa, es simbolizada por la bandera nacional con la blancura de su paño y sus siete estrellas doradas, símbolo de la jornada laboral de siete horas que quería instaurar. Los pequeños experimentos para mejorar la situación de los desocupados en París mediante una especie de seguro de trabajo, sobre los cuales había informado unos años antes, se convierten en punto de partida para un programa de equipos de trabajo que desarrollarían metódicamente el país y echarían los cimientos de su economía. En esta economía Herzl abogaba por una combinación de libre empresa con la organización y coordinación de tareas. En su novela programática *Altneuland*, en la cual desenvolvería años más tarde con más detalle sus pensamientos, incluyendo el contenido de muchas notas escritas todavía en 1895 y que no habían entrado en *El Estado Judío*, Herzl denominaría a ese estado "*la nueva sociedad*", y mucho de lo que allí se pinta se convirtió, de uno u otro modo, en realidad israelí.

Por otra parte, qué inocencia se desprende de muchas de las páginas del libro, pese a la acertada visión de los hechos. Según Herzl, con la difusión de la solución sionista cesaría por completo el antisemitismo, y se abriría un período de paz y comprensión entre Israel y los pueblos. Esta creencia no anula su otra, sombría predicción sobre el amargo futuro del pueblo judío de no concretarse prontamente la solución sionista. "*Lo que quise lograr por medio de mi idea constructiva, lo producirá la presión de acontecimientos violentos*", anotó en su diario el 10 de noviembre de 1895, tres meses antes de la publicación del libro, temiendo llegar tarde.

Pero lo que ocurrió en nuestros días superó en gravedad toda presunción. Semejante conjunción de ciencia y técnica modernas con concepciones bárbaras sobre el hombre y sus derechos, todo ello volcado hacia el exterminio de millones de judíos en las cámaras de gas, es cosa que nadie hubiese podido imaginar ni siquiera en nuestros días, y menos aún un humanista y liberal de fines del siglo XIX. Por el contrario: desde su concepción liberal, Herzl estaba convencido de que era imposible

anular la igualdad de derechos jurídicos de los judíos en los lugares en que ya existía, y de que en la economía moderna resultaría difícil, si no imposible, suprimir o reducir en medida notoria los derechos del individuo a disponer de su propiedad privada. El surgimiento de los estados totalitarios en nuestra época, con la supresión de todo lo que se oponía a la organización totalitaria del pensamiento y de la actividad del hombre, y las secuelas de este cambio de valores para el destino de los judíos, superaron todo lo que hubiese podido suponer el análisis más crítico de un hombre del siglo pasado y principios del nuestro. Pero podemos preguntarnos si no se hubiese evitado llegar a los peores acontecimientos y a la catástrofe de la judeidad europea, de haber atendido el pueblo judío a tiempo el aviso de Herzl, adoptando la solución sionista y emprendiendo con energía su realización. Incluso muchos de los que se autodenominaban sionistas no creyeron en la verdad de la prédica de Herzl hasta que estuvieron ellos mismos al borde del exterminio.

Por otra parte, fue esta misma catástrofe sin precedentes, que se abatió sobre los judíos de Europa al mismo tiempo que en Eretz Israel crecía y prosperaba la colonia judía, convirtiéndose en factor de unión de la Diáspora, quien aceleró la solución anhelada por Herzl al publicar su libro: *la creación de un estado judío, el Estado de Israel*.

Así, entre la valoración y la crítica, quedamos en una posición ambigua. Se suele llamar a Herzl *el Profeta del Estado*. ¿Fue realmente un profeta, un visionario? La respuesta depende de la definición. No era por cierto un adivinador de hechos futuros. Pero pensemos que también en nuestra concepción tradicional se diferencia el verdadero profeta del predictor. Lo que caracteriza al profeta no es el hecho de prever los acontecimientos que han de producirse en el futuro, sino que todo su anhelo está en evitar, mediante su aviso, las terribles amenazas que presiente. Lo esencial de un profeta es que siente las auténticas fuerzas que actúan en lo más íntimo de la realidad, las fuerzas que no ven los seres humanos corrientes hasta que no se manifiestan exteriormente. En este sentido es esa, precisamente, la característica de Herzl. Herzl penetró a lo íntimo de

la cuestión judía, a lo más profundo del alma del judío en sus varios destierros, por más que no conociese los detalles exteriores de su existencia. Descubrió las fuerzas que actuaban en su vida y se esforzó por darles libertad y aplicación creadora.

IX

EL ESTADO JUDÍO apareció, como ya se ha dicho, el 14 de febrero de 1896 (30 de *Schvat* de 5656), primero en alemán (tiraje: 3.000 ejemplares), y después de algunos meses también en hebreo, en alemán con caracteres hebreos, en inglés, ruso, rumano, búlgaro y francés. Con el correr de los años el libro se tradujo también a otras lenguas. En total apareció hasta ahora, según los datos de que disponemos, en 86 ediciones independientes, en 18 idiomas. 18 de esas ediciones fueron publicadas en el original alemán, 12 en inglés, 11 en hebreo, 8 en francés, 7 en ídish, 6 en ruso, 4 en castellano, 3 en italiano, al igual que en polaco y en portugués, 2 en rumano, en húngaro y en búlgaro, y de a una edición en ladino, danés, holandés, servio-croata y esperanto. Los momentos de mayor frecuencia en la aparición de nuevas ediciones corresponden a hitos en el desarrollo del movimiento sionista y a los cambios ocurridos de vez en cuando en la valoración del sionismo político. Siguiendo este patrón, pueden distinguirse cinco etapas en la difusión del libro: la primera, entre 1896 y 1904, o sea en vida de Herzl, totalizó 17 ediciones; en la segunda etapa, el período de transición entre 1905 y 1916, aparecieron sólo 5; el tercer período, 1917 a 1932, produjo 15; el cuarto, 1933 a 1945, 17; y desde 1946 en adelante, 32.

* * *

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

Pasteur 611 - Buenos Aires

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDIA

León Dujovne: La Concepción de Dios en la Biblia.
Miguel Smilg-Benario: La Leyenda del Crimen Ritual.
Jaime Barylko: La Fiesta de Sucot.
León Dujovne: La Concepción de la Naturaleza en la Biblia.
Jaime Barylko: Los Salmos.
León Dujovne: La Concepción del Hombre en la Biblia.
Jaime Barylko: Schavuot.
Josef Polák: Terezín.
Aarón Stéinberg: Los Judíos en la Edad Media.
León Dujovne: La Concepción de la Moral y la Sociedad en la Biblia.
Mosché Kitron: La Histadrut.
Jaime Barylko: El Iluminismo Judío.
Mosché Goldstein: Breve Historia de Tel-Aviv.
Natán Lémer: El Pueblo Judío y las Naciones Unidas.
Alberto Liangot: Criptojudíos en Hispanoamérica.
León Dujovne: La Concepción de la Historia en la Biblia.
Aarón Stéinberg: Los Judíos en la Edad Moderna.
Jaime Barylko: El Eclesiastés.
Héssel Klépfisz: La Cultura Espiritual del Judaísmo Polaco.
Lázaro Schallman: El Judaísmo en Rusia: Pasado y Presente.
Jacob Hellman: Jerusalem a Través de los Siglos.
Mark Dworzecki: Historia de la Resistencia Antinazi Judía.
Jaime I. Feldman: El Misticismo Judío.
Nahum Solominsky: La Semana Trágica.
Mordejái Shinar: Breve Historia de Beit-Scheán.
Eliahu Tcherikower: La Revolución Francesa y los Judíos.
Josef Fraenkel: Los Congresos Sionistas.
Menajem Kapeliuk: Los Judíos del Yemen.
Teodoro Herzl: Sels Discursos.
Julius Brutzkus: Los Judíos Montañeses del Cáucaso.
Lázaro Schallman: Historia de los "Pamplistas".
Yehudá Benari: La Legión Judía.
Lea Scazzocchio Sestieri: Breve Historia del Ghetto en Italia.
Yosef Avidar: Los Precusores de la Haganá.
Itzjac Korn: El Pogrom de Kischinev.
Nathan Féinberg: El Comité de Delegaciones Judías.
Menajem Guelérter: Precusores Cristianos del Estado Judío.
Isaac I. Schwarzbart: La Rebelión en el Ghetto de Varsovia.
Hirsh Zekovicz: El Proceso Dreyfus.
Teodoro Herzl: El Problema Judío.
Mordejái Shinar: Masada.
León Lénenman: La Tragedia de la Cultura Judía en la URSS.
Ezra Y. Haddad: Los Judíos de Babilonia e Irak.
Hertzberg - Talmon: Jerusalem en la Historia Judía.
Yahudiya Masriya: Los Judíos en Egipto.
Jaím Beinart: Los Comienzos del Judaísmo Español.
Amós Lasker: El Ghetto de Varsovia.
Alex Bein: "El Estado Judío" de Herzl.

Colección: GRANDES FIGURAS DEL JUDAISMO

César Tiempo: André Spire.
Shalom Rósenberg: Saadia Gaón.
Curt Wilk: Moses Méndelssohn.
Manuel Kántor: Alberto Gerchunoff.
Nella Thon-Hóllander: Iehoschúa Thon.
Jonás Túrkow: Emanuel Ringelblum.
León Pérez: Sigmund Freud.
Héssel Klépfisz: Rabi Menájem Zemba.
Natán Léerner: Ajad Haam.
Itzhak Pougatch: Robert Gamzón.
Luis Kardúner: Itzjoc Léibusch Péretz.
Jaime Barylko: Moisés.
León Dujovne: Baruj Spinoza.
Alexánder Manor: Yaacov Lestschinsky.
Boris Fárberman: Irving Berlin.
José Liébermann: Emma Lázarus.
Itzhak Túrkow-Grúdberg: Abraham Góldfaden.
Jaime Barylko: Saúl Chernijovsky.
Dennis C. Sasso Pauly: Ezequiel.
Lázaro Schallman: Max Nordau.
Jonás Túrkow: Ala Golomb-Grynberg.
Yehudá Benarí: Vladímir Zeev Jabotinsky.
León Dujovne: Salomón Maimon.
José Méndelson: Raschl.
Itzhak Túrkow-Grúdberg: Schólem Asch.
Boris Fárberman: Paul Muni.
Jaime Barylko: Job.
Arié Tartákower: Jacob Hellman.
León Dujovne: David Ben Gurión.
Heriberto Háber: El Patriarca Isaac.
Lea Scazzocchio Sestieri: Enzo Sereni.
Jaime Barylko: Rajel.
Jacob Tsur: Adolphe Crémieux.
Curt Wilk: Leo Baeck.
B. Issáev: Teodoro Herzl.
Jaime Barylko: Saúl, Primer Rey de Israel.
Salomón U. Nahón: Moses Montefiore.
Alberto Liamgot: Albert B. Sabin.
Boris Pik: Vladímir Médem.
Jacob Tsur: Moshé Sharett.
Jaime Barylko: Rabi Najmán de Bratzlav.
Mosché Goldstein: Nahum Sókolow.
Simcha Kling: Henrietta Szold.
Abraham Karpinowitz: Bronislaw Húberman.
Aarón Alperín: Stephen S. Wise.
Israel Cohen: Aarón David Gordon.
Ariéh Bustán: Chaim Weizmann.
Alberto Liamgot: Aharón Katzir-Katchalsky.
Eliauh Toker: H. Lévik.
Mark Dworzecki: Hirsch Glik.
Alex E. Easterman: Lord Israel M. Sieff.



